

lencio durante el cual la Chata finjió enjugarse una lágrima, de manera que lo pudiera notar Ricardo.

—¡Vamos! dijo éste ¿qué lágrimas son esas? no señor, nada de llorar, hoy es día de felicidad, de alegría, de... ¡mozo!... nada, nada, aquí estoy yo y que rueda el mundo; ¡mozo!... Soy el más feliz de los hombres; Chata, deme usted un abrazo, es usted mi madrina, á usted se lo debo todo, ¿no es verdad Amalia?

—¡Ay! es tan buena amiga la Chata!

—¡Mozo! volvió á gritar Ricardo.

El criado se presentó.

—¡Comida para tres! ¿tomaremos Sauterne? ¿ó prefieren ustedes el tinto?

—¿Pero para qué se va usted á meter en... dijo la Chata.

—¿Qué apetito vamos á tener con esta aflicción?

—Los duelos con pan son menos; conque ¿Sauterne?

La Chata y Amalia no contestaban.

—Trae Sauterne y Borgoña; dicen uste-

des que no tienen apetito; ¡mira! agregó llamando al criado, tres copas cognac y curaço ¡vuela!

—Pero... murmuró Amalia, esto es una calaverada!

—Qué quieren ustedes, hijas mías, esta es la vida; yo por eso me la paso bien; en todas partes soy muy filósofo y recibo las cosas como vienen; no hay por qué afligirse, y lo que es yo me he propuesto ahorrararme todos los disgustos posibles; hagan ustedes lo mismo y no se arrepentirán de haber seguido mis consejos; ¡qué más da! vamos, el mundo es grande y yo les garantizo á ustedes que nos vamos á pasar una vida de ángeles ¡ya verán! ¡ya verán!

—Vamos, aquí están las copas, ustedes curaço, y yo cognac; pero mira, agregó dirigiéndose al criado, trae las botellas.

El criado dejó las copas y voló á traer una botella de cognac y otra de curaço y las destapó en el acto.

—A la salud de ustedes, por nuestra futura felicidad! Vamos, Amalia, no hay que

asustarse por tan poco ó creeré que ha perdido usted algo saliendo del poder de un hombre que... no quiero hablar señor, no quiero hablar; por que me he propuesto que hoy sea día sólo de placer; con que... á la salud de ustedes!

La Chata y Amalia besaron sus copas.

—¡Pero qué es esto! ¡traición! ¡esto es una traición! ¡qué se diría de semejante desacato! no señor ¡hasta verte, Jesús mío! ¿saben ustedes el origen de esta frase? ya se lo explicaré cuando tenga seis copas en la cabeza. Conque... hasta arriba.

—Pues por mi ahijado, dijo la Chata y bebió su copa.

—Por usted, dijo Amalia y bebió la suya.

—¿Por usted? preguntó Ricardo, pues ahora vamos á beber esta otra..... «*por tí.*»

Y llenó las copas.

—Pero..... se atrevió á murmurar Amalia refiriéndose á la segunda copa.

—¡Amalia! exclamó la Chata en tono de reconvención, y la dió la copa.

—¿Por quién? preguntó Ricardo.

—¡Por..... por tí! dijo Amalia sabiéndose poner colorada.

—¡Muy bien! dijo la Chata en son de aplauso.

Ricardo bebió, se limpió los labios, tomó la mano de Amalia y la dió un beso.

La Chata fué entonces la que se supo poner colorada.

Amalia bajó los ojos.

Ricardo la miró y pensó.

No sabemos qué pensaría Ricardo.

El criado había puesto ya la mesa.

—Mira, chico, le dijo Ricardo al criado, te recomiendo que nos traigas *huevos á la polaca.*

—Está muy bien, señor.

—Y..... será bueno un poco de *pollo á la Marengo.*

—Sí señor.

—¡Oh! si hubiera *mondongo á la lionesa* sería yo el más feliz de los hombres; verán ustedes qué platillo: ¿hay *mondongo á la lionesa?*

—Voy á preguntar.

—Vé, hombre, vé á preguntar si hay *mondongo á la lionesa*.

El criado voló.

—Pues señor, creo que no vamos á almorzar muy mal.

—Al contrario, dijo la Chata, ¡cómo habíamos de almorzar mal en el Tívoli!

—Esta es mi vida: aquí donde ustedes me ven, no hay semana que no tenga aquí dos ó tres convivialidades.

—¡Dichoso usted! dijo la Chata.

—Pero no hay cuidado, contestó Ricardo, ya de hoy en adelante mis convivialidades serán á tres; voy á abandonar á todos mis comensales y que busquen anfitrión, porque lo que es yo me incrusto entre este par de encantadoras beldades y ni se vuelve á hablar más de mí en México.

—¡Qué buen humor tiene siempre Ricardo! ¿no te lo decía yo, Amalia?

—Sí, solo conmigo es adusto, solo á mí me pone mal modo.

—¡Ay hija! ¡qué mal modo! á pesar de que has sido tan cruel conmigo, me has he-

cho sufrir tanto! pero eso sí, vida nueva ¿no es verdad, amor mío? se acabaron las trabas y ancho mundo. ¿No es verdad que no nos volveremos á separar, Amalia?

—Sólo Dios lo sabe.

—Y tu amante y tú ¿no es cierto?

—¡Vamos! ¡vamos, ahijado! en todo caso su madrina de usted es una persona de respeto.

—¿Usted?

—Yo.

—Usted es una Chata sin pasar de ahí, pero tan encantadora, que es usted el tipo de la buena amiga, de la hermana, de la madrina, de la..... de todo lo que hay de más hechicero sobre la tierra.

—¡Pues está usted galante!

—No, expansivo; hablo con el corazón y al aire libre.

El criado trajo los huevos á la polaca y comenzó el almuerzo.

Amalia se proponía comer poco, y la Chata mucho; porque la Chata era de buen diente.

—Acaba los huevos, vida mía.

—¡Es mucho!

—¿No te gustan?

—Están deliciosos, dijo la Chata saboreándose.

Amalia siguió tomando los huevos.

—¡Ah! bien; ahora..... *petit poisson á la crème*; ¡oh! ¡esto es selecto!

Ricardo tomó un pedacito de pescado de su plato y lo ofreció á Amalia poniéndoselo muy cerca de la boca; Amalia iba á tomar el tenedor, pero Ricardo le dió á entender con una mirada que deseaba otra cosa.

—¡Anda, niña! dijo la Chata con cierto tono de reconvención cariñosa, como si hubiera querido decirle: ¡Qué chambona eres!

Amalia abrió la boca.

—¡Gracias! le dijo Ricardo, me haces feliz. ¿No te encelará si le ofrezco una sopita de cariño á la Chata?

—¡Encelarme! yo no soy celosa.

Ricardo dió á la Chata, en la boca, otro pedacito de pescado.

Aquel platillo estuvo mejor que el primero.

—¡Oh! ¡esto es soberbio! dijo Ricardo viendo el tercer platillo. Vea usted, madrina.

—¿Qué es eso?

—Esto es *jamón York lazañas al Málaga*; pero antes tomaremos.

Y sirvió Sauterne en las copas.

Chocáronse las tres, y se agotaron con delicia

Amalia empezaba á olvidar sus proyectos de comer poco.

Al servirse el tercer platillo, la Chata se comía á señas á Amalia, quien comprendiendo al fin lo que debía hacer, partió un pedacito de jamón, le colocó encima la pasta, y á su vez lo acercó á la boca de Ricardo, quien, prendado de aquel mimo, no supo cómo ponderar su agradecimiento.

Amalia también le ofreció á la Chata otra sopita de cariño.

—El tercer platillo estuvo mejor que el segundo, dijo Ricardo.

—¡Ya se vé! dijo la Chata.

—¡Otra libación! exclamó Ricardo.

—A este paso... dijo la Chata.

—¡Oh! el *Sauterne*, el *haut Sauterne* se puede tomar por barriles, éste es un vino noble; yo no tomo otra cosa.

—¡Con razón, sí es delicioso! dijo la Chata, lamiéndose los labios, después de haber apurado su copa.

Debemos confesar, en obsequio de la verdad, que Ricardo fué el más amable de los anfitriones, y que supo hacer los honores de la mesa de tal manera, que logró hacer aquél el más delicioso almuerzo á tres, de que pueden hacer mención los cenadores del Tívoli del Eliseo.



CAPÍTULO IX.

—
Á LOS POSTRES.

No parece sino que el género humano ha nacido para regodearse, y que Lúculo es el único que ha dado en el ítem.

La felicidad rebosaba por todos los poros de los tres personajes del cenador.

Ricardo estaba rubicundo, respirando vida; estaba inspirado, respirando *esprit*; estaba tierno, respirando amor.

Amalia respiraba también, y en aquella respiración tenía, no poca parte, la cebolla aquella.